

Semblanza con motivo del centenario del nacimiento del Dr. D. Emilio Rodríguez-Vigil Lorenzo, maestro e insigne pediatra

E. RAMOS POLO Y OTROS DISCÍPULOS DE SU ESCUELA

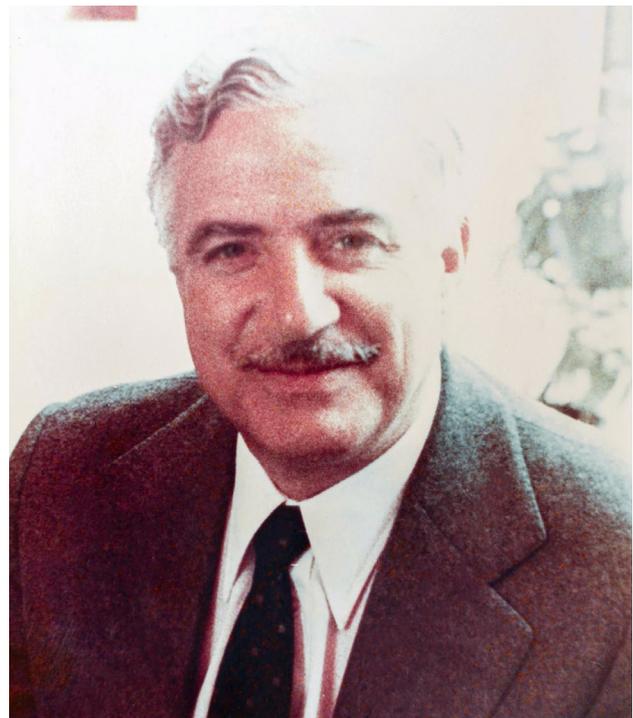
Ex-jefe de Sección de Pediatría. Hospital Universitario Central de Asturias. Oviedo.

El doctor Vigil –*el Jefe*, como sus alumnos lo llamábamos– nació en Pola de Lena, hecho del que siempre hizo gala, el 18 de agosto de 1923. Era hijo de D. Juan Rodríguez-Vigil Fernández y de Dña. Elena Lorenzo Arias.

Cursó los estudios de primaria y parte del bachillerato en su pueblo natal, y continuó en Oviedo estos años decisivos de su formación, una formación que enseguida revelaría su gran capacidad intelectual, hecho que le llevó a cursar estudios de Medicina en la Universidad de Valladolid en 1942 y que finalizó en junio de 1947. Obtuvo, entre otros premios y reconocimientos, el Premio Extraordinario Fin de Carrera de la Fundación de San Nicolás y una beca para realizar la especialidad de Pediatría, bajo la dirección del ilustre maestro doctor D. Guillermo Arce, que por entonces dirigía el Jardín de Infancia de Santander, convirtiéndose desde el comienzo en un alumno aventajado de esa excelente escuela de pediatría.

Su tesis doctoral, *La hepatitis epidémica en lactantes*, contribuyó al conocimiento de la patología infecciosa y de otras patologías de la esfera hepática, así como a la puesta en práctica de la biopsia hepática y de su técnica en pediatría. La realizó bajo la dirección del profesor Guillermo Arce y fue defendida en 1952 en Madrid, obteniendo la calificación de sobresaliente, ante un tribunal integrado por destacados profesionales: el Dr. D. Carlos Jiménez Díaz, catedrático de patología médica, que actuó como presidente; el Dr. D. Luis Felipe Pallardo Sánchez, endocrinólogo y secretario del tribunal; los profesores D. Benigno Lorenzo Velázquez, D. Ciriaco Laguna Serrano y el Dr. D. Gregorio Marañón, como vocales.

Ya en Oviedo, compatibiliza su actividad profesional con la práctica privada de la pediatría, siendo un referente destacado, tanto a escala local como nacional. Para fortuna de los



Dr. D. Emilio Rodríguez-Vigil Lorenzo (1923-1981).

médicos que nos formamos bajo su tutela, el Boletín Oficial de la Provincia de Asturias del 8 de mayo de 1961 convoca una plaza de profesor clínico-jefe de la Sección de Pediatría de la Beneficencia Provincial de Oviedo, convocatoria a la que acceden varios especialistas de contrastada formación. Esta plaza, tras un concurso-oposición, la obtiene el Dr. Vigil, con sobrados méritos, y toma posesión de la misma en el año 1962.

Correspondencia: pediatraramos1311@gmail.com

© 2023 Sociedad de Pediatría de Asturias, Cantabria, Castilla y León

Este es un artículo de acceso abierto distribuido bajo los términos de la licencia Reconocimiento-No Comercial de Creative Commons (<http://creativecommons.org/licenses/by-nc/2.5/es/>), la cual permite su uso, distribución y reproducción por cualquier medio para fines no comerciales, siempre que se cite el trabajo original.

Ejerciendo ya este cargo, la asistencia que brindaba, aparte de estar sustentada en la sabiduría y en un ojo clínico excepcional, se distinguía por la humildad, la humanidad, la pasión y la sensibilidad con la que trataba a sus pequeños pacientes. Y el trato que recibían las familias no podía ser más humano y cercano: las explicaciones de lo que pasaba con sus hijos eran claras, sencillas, con todo lujo de detalles y fáciles de comprender, valiéndose de símiles con hechos cotidianos que facilitaban la comprensión de todos.

Estas virtudes supo transmitir las a sus alumnos, a los que impregnó de esa forma de poner en práctica los conocimientos que se iban adquiriendo y que hemos ejercitado en nuestro quehacer diario como un sello heredado del doctor Vigil. Estas vivencias las hemos llevado con mucho orgullo y nos han acompañado e influido en toda nuestra carrera profesional.

El Jefe estaba siempre al día, estudiaba sin descanso. Para ello contaba con una biblioteca personal maravillosa, apoyada con la biblioteca del Hospital, que contaba con las revistas más prestigiosas de pediatría y con Amparín Sordo (que en paz descanse), quien le proporcionaba los libros sobre diferentes aspectos de la pediatría. Para suerte de los médicos en formación, el doctor Vigil no tenía ningún reparo en transmitir y compartir todos los conocimientos que sus estudios le aportaban. Esa transmisión de conocimientos y manejo del niño se realizaba durante las visitas médicas, en las que se le presentaban todos los pacientes nuevos y se revisaba a los ya ingresados, correspondiéndole al médico en formación emitir un juicio clínico con el que podía estar o no de acuerdo, para marcar a continuación, si las circunstancias lo requerían, las directrices a seguir para llegar al diagnóstico correcto y tomar, por tanto, las medidas terapéuticas oportunas. Era en ese proceso donde el Jefe desarrollaba toda su maestría, enseñándote el arte del razonamiento médico, al aportarte los mimbres del conocimiento de las enfermedades que para el residente eran novedosas. Lo impresionante de esos momentos era percibir el entusiasmo, la pasión y el cariño con los que expresaba lo que quería transmitir. Nunca en ese proceso había un enfado o un mal gesto. Solamente le conocimos el gesto de “torcer el morro” cuando las cosas con el niño enfermo no iban bien, o decir la frase “este enfermo tiene tigre” para enfatizar esas dificultades. Eran dos distintivos que, cuando lo veíamos u oíamos, ya sabíamos su significado y nos conducía a “ponernos las pilas” en todos los sentidos por el bien del paciente.

La visita comenzaba en los boxes de lactantes y terminaba en la sección de niños recién nacidos y prematuros, pasando por preescolares y escolares, porque ya entonces se prestaba atención médica a los niños hasta los catorce años de edad, cuando lo habitual en buena parte del país era hasta los siete años.

Cuando terminaba el pase de visita, en su compañía se tomaba un café y no dejábamos de aprender, porque, como además era un gran humanista, te hablaba de literatura, pintura, música y de otros muchos temas de los que trataban en la famosa tertulia “puritanos” del café Rialto, con lo cual también nos ayudaba a culturizarnos.

La fase siguiente en su compañía se llevaba a cabo en la Policlínica de Pediatría, donde desarrollábamos la consulta de pediatría y de puericultura, que era una consulta abierta a todas las familias. Allí, continuaba enfatizando en el arte de la comunicación con las familias y con el niño, cuando su edad lo permitía. De este modo, aprendíamos la forma más humana y entendible de explicar a las familias las dolencias de sus hijos. Lo importante de ese momento era que se le reservaban los casos más difíciles o sin diagnóstico claro, para que él los valorara y nos diera su opinión y consejos de por dónde había que investigar. Este aprendizaje fue sencillamente vital para nuestra formación como pediatras.

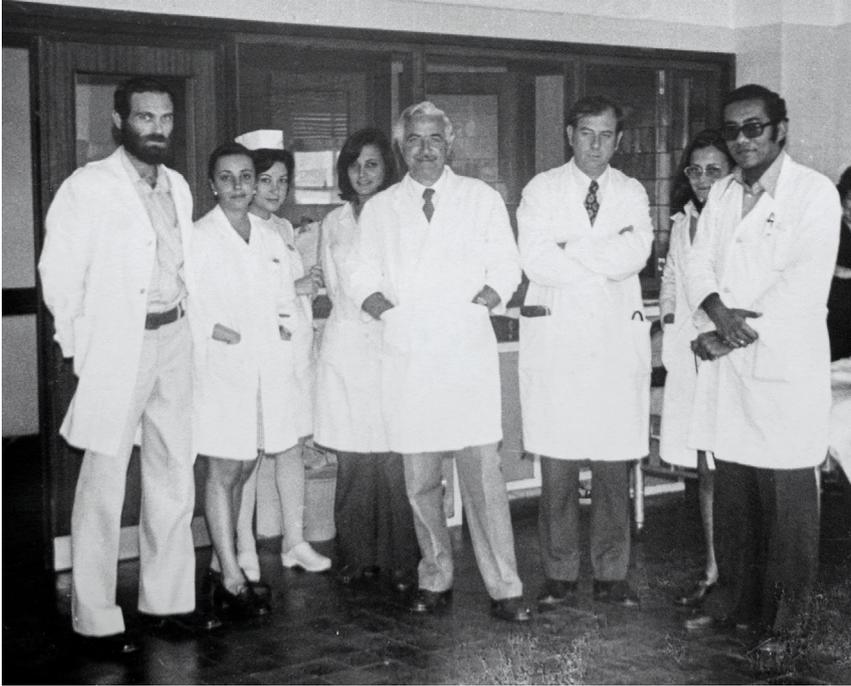
Cuidado especial tenía el doctor Vigil en el trato con el personal de enfermería, puericultoras y auxiliares, a las que consideraba fundamentales para realizar una buena asistencia. Este personal estaba presente en los pases de visita y se le pedía la información pertinente siempre que fuese preciso. La participación de este imprescindible personal era de vital importancia, sobre todo en los inicios de la especialización, porque prestaban una ayuda importante al residente.

Otro aspecto en el que *el Jefe* insistía era en cuidar el trato con los compañeros de profesión, sobre todo con los profesionales que ejercían en los pueblos, cuando solicitaban una consulta o enviaban un niño a Urgencias de Pediatría. Nos decía que había que contestarles con amabilidad, claridad y respeto sobre los aspectos en los que justificaban el envío del niño, para realzar su labor y que siempre quedaran bien ante las familias.

Los lunes no podían faltar los comentarios del partido del Sporting de Gijón, del que era un ferviente seguidor y al que iba a ver cuando jugaba en casa, en compañía de otro sportiguista que hacía la especialidad, el Dr. D. Joaquín Castillo, que también se apropiaba sanamente, cuando tenía la menor oportunidad, de todos los dibujos que *el Jefe* pintaba a bolígrafo en cuartillas.

Fruto de su matrimonio con Dña. Lucrecia González-Torre Lage, el 7 de octubre de 1952, nacieron sus cinco hijos: Lucrecia, Laura, María, Emilio y Luis.

Una cruel enfermedad terminó prematuramente con la vida del doctor Vigil, que falleció el 19 de mayo de 1981, hace 42 años, pero sigue vivo en nuestro espíritu. Porque no había un solo día que no recordáramos sus enseñanzas y constatásemos que muchas de ellas permanecen vigentes y actuales. Cuando el tratamiento se lo permitió, en el tiempo



Fotografía durante un pase de visita. De izquierda a derecha: José Luis Arteche, Pepa Suñé, del Campo (enfermera), Matilde Roza, Emilio Rodríguez-Vigil, José Luis Sánchez Badía, una estudiante y Eduardo Ramos Polo.

que permaneció de baja, amplió su ya extraordinario saber científico, y su reincorporación al Servicio fue una auténtica gozada, porque nos regaló toda la sapiencia acumulada durante su dura enfermedad, con lo cual nuestra cultura médica se enriqueció inmensamente.

En su Escuela de Pediatría se formaron numerosos pediatras, venidos de distintos puntos del país: José Blas López Sastre, Indalecio Fidalgo, Ángel Otero, José Manuel Beares, Regal, Jiménez Pindado, Conchita Concheso, Marietel Suárez Menéndez, Matilde Roza Suárez, Pepa Suñé, Teresa García Muñoz, José Luis Arteche, Carmen Moro Bayón, Cristina de Miguel, María Jesús López Coterillo, German Rodríguez, Manuel Menéndez, María Jesús Antuña, María Galbe Sada, María Ángeles de Miguel Mallén, Joaquín Castillo Viúdez, Juan Blanco Joglar, Margarita Uribe Larrea Sánchez, Pilar Poo Argüelles, Ana Sobrino, Jorge Méndez, Begoña Yáñez, Esther Suárez, María Ángeles del Campo, Celia González, Marina Novoa, David Oterino, Eduardo Ramos Polo y otros muchos. Algunos de ellos, desafortunadamente, ya no están con nosotros, pero a buen seguro que aprueban lo que estamos manifestando.

A esta labor formativa contribuyó de forma decisiva el doctor José Luis Sánchez Badía, cuya aportación en el campo de la Neonatología ha sido importante para el desarrollo de esta especialidad en España.

El Jefe, por su bagaje profesional, gozaba de un merecido prestigio y reconocimiento nacional. Publicó más de cien artículos, estuvo presente en más de cien comunicaciones,

escribió capítulos de libro, además de conferencias, moderación de mesas redondas y otras actividades como presidente de la Sociedad de Pediatría de Asturias, Cantabria y Castilla y León (SCCALP).

Al respecto de las publicaciones nos decía: pregúntese, cuando quiera publicar algo: ¿tengo algo que decir? Si es afirmativo, la siguiente pregunta sería: ¿cómo lo digo? Una vez escrito, guárdelo en un cajón, sáquelo después de un mes, léalo con atención, con lo cual se dará cuenta de las carencias y errores de importancia de lo escrito y, luego, una vez revisado, si está satisfecho, publíquelo.

Otro gran consejo que repetía era: “Estar a la última es importante, pero sin olvidar la penúltima tampoco, porque ésta ya ha tenido recorrido y se ha aplicado, y aporta la experiencia, positiva o negativa, sobre tal o cual quehacer médico”.

Hay personas que te marcan para bien en la vida y el doctor Vigil fue una de ellas. Por ello, los que tuvimos la fortuna de formarnos bajo su tutela lo llevamos en nuestros corazones y le estaremos eternamente agradecidos.

Esta breve semblanza solamente esboza de forma somera las cualidades de este gran maestro de la pediatría. Pero también quiere ser un sentido reconocimiento de sus valores humanos, y de la dignidad y apasionada entrega que supo llevar a todas las facetas de su profesión y a todos los comportamientos de su existencia. Los que nos beneficiamos de sus enseñanzas nunca hemos olvidado que la pediatría es, sobre todo, una vocación, un compromiso con la vida.